

MIGUEL DE UNAMUNO

1864-1964



Unamuno en su estudio (mayo de 1936)

C I E N A Ñ O S del día de su nacimiento se cumplieron el 29 de septiembre último y treintaiocho van corridos desde su muerte. ¿Pertenece ya Unamuno a la historia? ¿Está allí en actitud rígida, estatuaría, para contemplación y admiración de la posteridad? ¿O todavía sus palabras y actitudes suscitan polémicas y controversias y su nombre oscila entre la negación difamatoria y el ditirambo incondicional? Sea de ello lo que fuere ocasión es ésta del centenario de su nacimiento para revivirlo, examinarlo, exaltarlo, mostrarlo en las variadas facetas de su compleja personalidad.

Tan abundante ha sido la literatura en torno a Unamuno, tanto en vida suya como en el lapso transcurrido desde su fallecimiento, que pareciera que ya nada nuevo hay que decir de él, de su conducta, de sus obras, más fueron ellas de tal fertilidad, dispersas y distintas, que, a la postre, resultan como una cantera inagotable o como una vertiente de fluir incesante.

A Unamuno se puede acudir con la seguridad de que siempre habrá algo nuevo que recoger, aprender o interpretar. Ensayos, novelas, versos, teatro, artículos, discursos, cartas, su pluma se prodigó por los ámbitos sin fronteras del pensamiento universal. No fue Unamuno de esos escritores o catedráticos que ciñen su palabra y su acción a normas, que se encierran dentro de principios rígidos, que caminan por sendas ya holladas. Si filósofo o pensador o novelista o poeta, no se enclaustró en fórmulas que impidieran la eclosión de su pensar y sentir generado en la raíz profunda de su condición biológica y espiritual. Aquello considerado como contradicciones, no son más que formas diversas de su reacción consigo mismo y el mundo, su inquietud de vivir en acecho, de escrutar el destino inmediato como ser español y como individuo angustiado por sus apetencias de inmortalidad.

Temperamento agónico, en lucha con su yo íntimo y las circunstancias inasibles, Unamuno rebasa toda dimensión rigurosa, todo esquema de filosofía. No acepta, por ello, caminos que conduzcan a la certeza absoluta sobre el destino humano, ni siquiera métodos preestablecidos. Por lo mismo, se rebela contra el racionalismo y la lógica. “La filosofía —dijo enfáticamente—, es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres como él. Y haga

*lo que quiera, filosofa, no con la razón sólo, sino con la voluntad, con el sentimiento, con el alma toda y con todo el cuerpo, filosofa el hombre”.*

*Su filosofar excedía el campo del pensar cartesiano para encaminarse por los espacios infinitos de lo extrahumano, liberado de todo conocimiento intelectual. Lo ilumina una suerte de misticismo, asistido por la fe en la inmortalidad. Nunca dejó de enfrentarse con el hombre de carne y hueso como lo fue él, como son todos los mortales. Su estilo es reflejo de esa actitud vital de lucha. El acento bronco de la prosa, los versos sin esa musicalidad, tan cara al modernismo, muestran al escritor que por sobre todo mantuvo su condición de hombre esencial.*

*España y América han recordado y exaltado a Unamuno, y en Chile su nombre se subraya con palabras de extraordinaria simpatía y admiración como reciprocidad al interés que tuvo por nuestro país, en el cual veía características propias de la tierra y gente vascas, como que hombres venidos de allí configuraron en la política, el comercio, la industria y las letras, rasgos inconfundibles de energía y laboriosidad.*

*“Atenea” entrega también su repensar sobre “el gran vasco castellanizado”, sobre éste, don Miguel de Unamuno, destacando algunos aspectos egregios de sus obras, tan densa en ideas como en sentimientos, tan rica en matices expresivos como en concepciones trascendentes.*

M. R.